

al historiador de labor inconmensurable, al patriota y al liberal irreductible. Guizot murió en 1874.

Vista en conjunto, con Guizot y Thierry, la literatura histórica halló formas distintas que iban á tender á ponerse en contacto y á unificarse. El porvenir debía armonizar el arte y la filosofía con la ciencia pura.

Adolfo Thiers, nacido en Marsella en 1797, casi compatriota de Guizot, empezó por estudiar derecho y dedicarse al periodismo. Su primer escrito le valió una picante celebridad local. La Academia d'Aix había sacado á concurso el elogio de Vauvenargues. Thiers envió un manuscrito. No obstante juzgarle digno del primer premio, se prescindió de él á causa de las opiniones políticas que revelaba. Thiers compuso un segundo *Elogio de Vauvenargues*, le hizo enviar desde París, consiguió el premio y, una vez divulgado su nombre, el público de Aix se burló de los jueces. Á los veinticuatro años tenía ya notoriedad en los grandes periódicos liberales de París. Escribía sobre todo, pero desde entonces ambicionó erigir un monumento á la historia reciente de su país. Escribió, al correr de la pluma, en 1823, los dos primeros volúmenes de su *Historia de la Revolución francesa*. Los otros siete los escribió con menos rapidez (en 1827) aunque sólo se documentaba con los recuerdos orales. El éxito fué muy grande, era la primera vez que se atrevían á hablar favorablemente de la Revolución. Se ha dicho que éste libro era la « campaña de Italia » de su autor. Escrito en plena fiebre de conspiraciones contra la Restauración, demostró, con su calma, la positiva lucidez de espíritu del joven historiador. Soñó con escribir una Historia Universal y se preparó á hacer un viaje alrededor del mundo. Pero supo que Carlos X, resuelto á todo, confiaba al gobierno al Sr. de Polignac. Thiers se quedó para defender la Carta y fundó *el Nacional*. Tuvo por colaboradores á su compatriota Mignet, y á Armand Carrel. En lo sucesivo, durante quince años, abandonó el género histórico; pero de toda su carrera, en aquel momento y más tarde, se desprende más de una lección, aunque sólo fuese el ejemplo de su dignidad política.

Cuando, por su patriota y belicosa actitud en la cuestión de Oriente, tuvo que abandonar el poder, consagró á la historia su actividad y su sorprendente energía para el trabajo. *La Historia del Consulado y del Imperio* le costó veintidós años de labor (el vigésimo y último volumen apareció en 1872)¹. La documentación es muy vasta. No pueden enume-

1. Por desgracia, en lo relativo á España, maldito el trabajo que empleó para documentarse. Es la obra en que más se ha calumniado á España y con la mayor desenvoltura. ¡ Qué mal se avenía esto con su jactanciosa divisa: *Veritatem coluit!* (N. del T.)

rarse todos los trabajos preparatorios, viajes, informes y pesquisas en los archivos que tuvo que realizar. Geografía, estrategia, diplomacia, derecho, economía política, hacienda, todo tuvo que aprenderlo y todo lo aprendió para comprender, esta es la palabra, un asunto, cronológicamente restringido, pero técnicamente universal. Napoleón III, á quien Thiers no quería á pesar, y tal vez á causa de su admiración por Napoleón I, pudo declarar solemnemente un día al autor del *Consulado y del Imperio* « nuestro historiador nacional ».

Bajo el imperio liberal, Thiers, diputado de París, se hizo el campeón de « las libertades necesarias » y se mostró adversario de la política de las nacionalidades. De allí en adelante, puso su patriotismo en sacrificar, « sus queridos estudios ». Casi solo para preveer, en el seno del Cuerpo legislativo, las consecuencias de la guerra franco alemana, tuvo que aceptar la misión de contener, si era posible, los desastres, y luego de repararlos; tuvo que intentar á la vez el remedio para las heridas de la guerra civil. Septuagenario, aquel á quien se llamaba el más pequeño de los grandes hombres, halló una energía y vigor á la altura de todos sus deberes. Era jefe del poder ejecutivo de la República francesa, desde hacía apenas dos años, cuando realizada ya la obra, en el ejército, en la vida económica, en la restauración moral y en el restablecimiento de Francia ante Europa, le valió de la Asamblea nacional el honor de una orden del día, declarando que había *merecido bien de la Patria*.

Algunas semanas después de esta apoteosis, tuvo que presentar la dimisión á una Asamblea hostil al régimen de República liberal, único que creía posible en Francia. Se extinguió en 1877 en su apacible retiro de Saint-Germain-en-Laye.

Desde entonces los partidos han rivalizado en el afán de repudiarle, lo cual no los honra. Y nosotros, historiadores de la literatura ¿debemos creer á los que sostienen que está destinado á ver disminuir su crédito como literato? No, si la inteligencia es siempre digna de estima entre nosotros. La inteligencia ha realizado la obra histórica de Thiers, del mismo modo que la simpatía, la de Thierry, la imaginación, la de Barante, la razón, la de Guizot, y la compasión, la de Michelet; agreguemos á esto una inteligencia que buscaba la claridad en todo y la ponía al alcance de todos mediante un pensamiento exclusivamente francés. En efecto, por el lenguaje, por las veinte maneras que conoce de decir las cosas, recuerda á Voltaire, pero siempre se observa la misma claridad, comprensión perfecta, sin arte aparente y seguramente sin esfuerzo. Se hace seguir y comprender por todos. El hombre de Estado no podía sin embargo abstenerse de deducir y dice con frecuencia, con lo que se ha hecho y se ha podido hacer, lo que se hubiera debido hacer; moraliza á su manera: « ¡ Hay que amar á Francia! » El historiador francés del siglo XIX no podía tampoco dejar de conocer los *escripulos*

científicos. Lo ha declarado formalmente: « No tengo un momento de reposo hasta tanto que he descubierto la prueba del hecho objeto de mis dudas, la busco donde quiera que puede estar y no me detengo sino cuando la he hallado ó he adquirido la certeza de que no existe. » Pertenece ya al número de nuestros historiadores actuales en cuanto al espíritu positivo más bien que al positivismo; es la inteligencia de los negocios y no del determinismo. Y sin embargo Thiers no ha sido en historia jefe de escuela, precisamente porque ha huido del espíritu de sistema tanto en las cosas humanas, como en la ciencia que las describe.

Julio Michelet¹ era hijo de un impresor (1798-1874). La empresa que dirigía su padre por aquella época no era muy próspera: las medidas que, bajo el Consulado y el Imperio, se impusieron á los periódicos y á los libros, causaron su ruina definitiva. Reducido á vivir de expedientes, el padre de Michelet intentó luchar contra la mala suerte: pidió dinero prestado y volvió á montar su imprenta en la calle des Saints-Pères: esta suprema tentativa no tuvo mejor éxito que la anterior. El usurero Vataré exigió el reembolso de lo prestado; no pudiendo conseguirlo, hizo encerrar á su deudor en la prisión de Santa Pelagia. Después de un arreglo, Michelet padre, volvió á abrir su tienda en el bulevar Saint-Martin en un local triste y húmedo:

Para montar de nuevo la imprenta, había que trabajar mucho, y nos faltaban brazos, pues no teníamos con qué pagar á los obreros. Tuvimos pues que hacer el trabajo nosotros mismos. Mi tío Narciso, que imprimía por su cuenta, nos ayudaba de vez en cuando. Mi pobre abuelo puso también manos á la obra y trabajó con sus manos temblonas. Mi madre, atacada ya de la cruel enfermedad que debía llevarse prematuramente, se hizo encuadernadora y cortó y dobló. Y yo, niño aún, componía, aprendiendo por mí mismo á reunir las letras.

Estas privaciones fueron inútiles; en 1812 embargaron las prensas y fué la ruina total. Todos estos reveses fueron crueles sufrimientos para el niño:

1. OBRAS. *Tableau chronologique de l'histoire moderne* (1825); *Tableau synchrone de l'histoire moderne* (1826); *Précis d'histoire moderne* (1827); *Introduction à l'histoire universelle* (1831); *Œuvres choisies de Vico* (1835) (2 vol.); *Histoire romaine* (1831-1839); *les Mémoires de Luther* (1835) (2 vol.); *du Prêtre, de la Femme et de la Famille* (1844); *le Peuple* (1846); *le Procès des Templiers* (1841-1852) (2 vol.); *l'Oiseau* (1856); *l'Insecte* (1857); *l'Amour* (1858); *la Femme* (1859); *la Mer* (1861); *la Sorcière* (1862); *la Bible de l'humanité* (1864); *la Montagne* (1868); *Histoire de France (Moyen Age, 1833-1843, 6 vol.)*. *Révolution* (1847-1853) 7 vol.). *Renaissance et temps modernes* (1855-1867, 11 vol.).

OBRAS PÓSTUMAS: *Histoire du dix-neuvième siècle*, 3 vol. (1876). *Ma Jeunesse* (publicada por la Sra Michelet, 1884); *Mon Journal (id.)* (1888); *Un Hiver en Italie* (1879); *Sur les chemins de l'Europe* (1893).

La edad, de mi primera infancia, escribía más tarde, es precisamente la que ha dejado en mí huellas más duraderas, como quemaduras que hacen mayor impresión en edad tan tierna. Á pesar de la prosperidad que ha venido más tarde, llevo siempre en mi alma el recuerdo de aquella época. Mi escasa estatura, y mi endeblez recuerdan que no me alimenté suficientemente en mi infancia; mi enfermizo semblante permanece como un monumento de aquellos tiempos de duelo; las cicatrices que conservo en mi mano derecha dan testimonio de tantos inviernos pasados sin lumbre.

La sensibilidad, la imaginación y la inteligencia, en lugar de embotarse, se afinaron con estas luchas: el niño se evadía de la tristeza de la vida, para emprender hermosos viajes al país de los sueños. Mientras Michelet sentía revelarse su vocación se despertaba en su alma de niño el sentimiento religioso:

En los extremados apuros en que nos hallábamos, no sé que instinto solitario me impulsó á abrir un libro de piedad. Era *la Imitación de Jesús Cristo* precedida del ordinario de la misa. No leía, oía... como si aquella voz dulce y paternal se hubiese dirigido á mí mismo. Tímido, no conociendo á los hombres sino por el daño que nos habían hecho, gustaba con avidez las alabanzas de la soledad de que está lleno este libro... Él me hacía divisar, de pronto, al extremo de este triste mundo, la libertad de la muerte, la otra vida y la esperanza. Aún me parece ver la gran alcoba desamueblada y fría que me pareció entonces verdaderamente iluminada por una luz misteriosa. *Sentía á Dios*. Después de ésta, mi más profunda impresión es el Museo de los monumentos franceses. Allí, y en ninguna otra parte, es dónde recibí por primera vez la viva impresión de la historia. Llenaba todas aquellas tumbas con la imaginación, sentía á todos aquellos muertos á través de los mármoles y no dejaba de sentir cierto terror cuando entraba bajo las bajas bóvedas donde dormían Dagoberto, Childerico y Fredegunda.

Pero estos dones precoces de viva imaginación y de sensibilidad tenían necesidad del cultivo de la educación. Su padre había confiado el cuidado de instruirle á un viejo dómine « antiguo jacobino, jefe en otro tiempo de un colegio de provincias » que se llamaba el Sr. Mélot. No tardó el niño en saber todo lo que podía enseñarle su maestro. Entonces ofrecieron á su familia, que se hallaba en la situación más angustiosa, hacerle entrar en la Imprenta imperial; su padre rehusó y empleó sus últimos recursos en pagar la pensión de su hijo en el liceo Charlemagne. Entró en la tercera clase, dirigida entonces por el Sr. Andrieux d'Alba. Este primer año de liceo fué duro para una criatura tan delicada y sensible como era Michelet, que nos ha referido sus penas:

El Sr. Andrieux me dijo que leyese mi tema, y esto me desconcertó por completo. Empecé con voz tan temblorosa, tan temblorosa, que provocó la risa universal. Esta risa cruel aumentó mi turbación é hizo la lectura más difícil; al fin de cada frase, mi voz se apagaba, siéndome imposible mante-

nerla. No obstante, mi palabra era clara y mi pronunciación distinta, lo cual contribuía á que me oyesen mejor los que se burlaban de mí. Una clase es el sitio más cómodo para que se burlen de uno. El uno os dirige un cumplido, el otro hace caer al suelo vuestro cuádrno y vuestro libro; con frecuencia se ríen de vosotros á más y mejor. El Sr. Andrieux tuvo compasión de mí y no me dejó terminar. Desde aquel momento, fué el juguete de mis compañeros. No me pegaban; aunque menos acostumbrado á dar y á recibir puñetazos que los internos, y menos fuerte, por otra parte, que un gran número de mis adversarios, los hubiera rechazado. Pero á la entrada y á la salida de clase, me rodeaban como á un bicho curioso. Los de detrás empujaban á los otros y me costaba trabajo abrirme paso ante aquella multitud hostil que sólo me interrogaba para reírse de mis respuestas, cualesquiera que fuesen. En medio de ellos, parecía un buho enteramente asustado en pleno día.

Su frágil envoltura ocultaba una energía invencible. Durante el año escolar de 1813-1814, repitió el tercer año y fué el primero de su clase. Tuvo hambre más de una vez y se fué con frecuencia al colegio con el estómago y la cabeza vacíos. Entró el duelo en su pobre vivienda; murió el abuelo y poco tiempo después sucumbió la madre de Michelet, víctima de las fatigas y privaciones.

Por último encontró su padre un empleo en casa de un médico, el Sr. Duchemin, á quien había prestado servicios durante la Revolución. Estaba ya seguro el pan de cada día y Michelet podía disfrutar la alegría de ver la luz del sol y la verdura, goce que desconoció hasta entonces, porque había vivido como « una hierba sin sol entre dos adoquines de París ». Á esto también contribuyó la ternura y la solicitud de la Sra. Hortensia, ama de llaves de la casa de salud del doctor Duchemin.

El año de 1816 fué feliz. Villemain y Leclerc, dos maestros eminentes, se interesaron por su alumno, y acabó la retórica, término entonces de los estudios escolares, con brillantes éxitos en el Concurso general. Era necesario escoger una carrera; Michelet no había decidido nada aún acerca de ese punto; se veía atormentado por una especie de exaltación febril, una gran turbación del espíritu, de la imaginación y del corazón. Para calmar esta nerviosidad inquietante, el padre llevó á su hijo á los Ardennes, al país de su madre. Fué aquello una revelación para el adolescente, que hasta entonces no había conocido otra cosa que la pobre verdura de los paisajes parisienses. Descubrió las inmensas llanuras de Champaña, los bosques y los sitios pintorescos del Argonne, se interesó apasionadamente por los relatos legendarios que le hacía su tía Alexis: entonces comprendió que había nacido para la historia; pero tenía que asegurar su existencia material y la de los suyos. Entró como pasante de filosofía y de historia en la institución Briand: conquistó sucesivamente los grados de bachiller en 1817, de

doctor en 1819, de agregado en 1821 y fué nombrado aquel mismo año profesor en el Colegio Sainte-Barbe-Rollin. Los primeros años de enseñanza fueron para él un período de recogimiento: Vico le suministró una filosofía para desembrollar y clasificar los hechos, y escribió en 1827 un *Compendio de Historia de Francia*. El éxito obtenido por esta obra le abrió las puertas de la escuela normal donde permaneció como maestro de conferencias hasta 1838. De 1833 á 1836, suplió á Guizot en la cátedra de Historia en la Facultad de Letras de París. Entre tanto había empezado á escribir su *Historia de Francia*. Fué nombrado suplente de Daunou en la cátedra de Historia y de Moral del Colegio de Francia. En 1851, después del golpe de Estado de 2 de diciembre, le quitaron la cátedra. En 1852 su negativa de prestar juramento al Imperio le obligó á salir de los archivos, donde era jefe de la sección histórica desde 1830. Sus obras compuestas para la enseñanza, quedaron prohibidas en los liceos y colegios. La soledad que poco á poco fué reinando en torno suyo empezaba á pesarle, pues ya no tenía la agitación de la lucha para sostenerle.

Su esposa había muerto en 1839, su hija se había casado en 1842, y su hijo vivía lejos de él. Entonces encontró á la que fué su compañera los veinticinco últimos años de su vida, á la que le inspiró esas obras encantadoras: *el Pájaro, el Mar, la Mujer*. En un principio se había retirado cerca de Nantes; algunos meses después fué á establecerse á dos leguas de Génova en un repliegue del Apenino. Á la edad de setenta y dos años, no había perdido nada de su actividad intelectual; el anochecer de su vida se vió entristecido por los desastres de la guerra de 1870. Ya se conocen las patrióticas angustias del historiador y también el grito de indignación que lanzó á Europa:

En medio de este espantoso silencio, yo solo hablé en Europa. Mi libro, que hice en cuarenta días, fué la primera y, durante largo tiempo, la única defensa de la patria. Rompió la unanimidad de malevolencia que el oro del Sr. de Bismarck había mantenido con facilidad. Desde el Támesis hasta el Danubio, se sintió advertida la conciencia pública. Intitulé este grito del corazón: *Francia ante Europa*, dándole por epígrafe este grave pronóstico: « Los jueces serán juzgados. »

Aunque gravemente enfermo, consagró el resto de sus fuerzas á una historia del siglo XIX que no pudo acabar. Murió en Hières el 9 de febrero de 1874.

Después del *Compendio de Historia moderna*, compuso Michelet su *Historia romana*. Empezada en 1828, la primera parte que refiere la historia de la República, apareció en 1831. La *Ciencia nueva* de Vico había sido su guía á través de la antigüedad romana y Virgilio su primer maestro. Los trabajos de Nieburg y sus hipótesis sobre los orígenes

de Roma conmovían al mundo sabio; por último desde 1827, pensaba Michelet en escribir la *Historia de Francia*, de la que era prefacio necesario la *Historia de Roma*. Hizo un viaje á Italia para reunir materiales y para estudiar el país. Su historia empieza por un cuadro de Roma y por una descripción de la campiña romana :

Aunque Roma sigue siendo una gran ciudad, empieza el desierto en su mismo recinto. Los zorros que se ocultan en las ruinas del Palatino van á beber por la noche en el Velabro. Los rebaños de cabras, los enormes bueyes, los caballos semisalvajes que allí se encuentran en medio del mismo ruido y del lujo de una capital moderna nos recuerdan la soledad que rodea á la ciudad. Si salimos por sus puertas y si nos encaminamos hacia una de las azuladas cimas que coronan aquel melancólico paisaje, si seguimos, á través de las lagunas pontinas la indestructible vía Apia, hallaremos sepulcros, acueductos, tal vez alguna granja abandonada con monumentales arcos; pero nada de cultivo, de movimiento, ni de vida. De trecho en trecho se encuentra un rebaño bajo la guarda de un perro feroz, que se lanza sobre el caminante como un lobo, ó bien algún búfalo que saca de la laguna su cabeza negra, mientras allá en Oriente descenden de las montañas bandadas de cornejas con ronco graznido. Si se aparta uno hacia Ostia, ó hacia Ardea, se verá á algunos desdichados harapientos, repugnantes por su flacura y agitados por el temblor de la fiebre... En medio de esta miseria y de esta desolación, la comarca conserva un carácter singularmente imponente y grandioso. Aquellos lagos sobre montañas, orlados de hermosas hayas y de soberbias encinas, aquel Nemi, el espejo de la Diana táurica, aquel Albano, antigua sede de las religiones del Lacio; aquellas alturas que dominan por todas partes la llanura constituyen una corona digna de Roma. Desde el monte Musino, desde su oscuro bosque es desde donde hay que contemplar aquel cuadro del Poussin. Sobre todo, en los días de tormenta, cuando barre la llanura el pesado sirocco, levantando torbellinos de polvo, entonces aparece en su majestad sombría, la capital del desierto.

Cuenta luego las costumbres rudas de aquellos pueblos de pastores y de labradores :

Era un pueblo paciente y tenaz, arreglado y regular, avaro y ávido. Suponiendo que semejante pueblo se haga helicoso, estos hábitos de avaricia y de codicia se convertirán en espíritu de conquista. Tal fué en la edad media el carácter de los normandos, de ese pueblo agricultor, pleitista y conquistador que, como lo declaran las crónicas, querían siempre *ganar* y que ganaron en efecto la Inglaterra y las Dos Sicilias. No hay nada más semejante al genio romano.

El secreto de la grandeza romana reside en el vigor de esas razas casi bárbaras. Michelet pasa rápidamente por los cuatro primeros siglos de Roma y llega á la lucha entre Roma y Cartago : es el punto culminante de la historia de las guerras de la República romana. Vencida Cartago, las comarcas situadas á orillas del Mediterráneo, centro de la civilización antigua, caían en manos de los latinos. Halláronse en con-

tacto dos civilizaciones diferentes en cuanto á sus costumbres, á su religión y á su espíritu.

Los cartagineses, como los fenicios de quienes descendían, parecen haber sido un pueblo duro y triste, sensual y codicioso, aventurero sin heroísmo. En Cartago la religión era también atroz y se hallaba cargada de horrorosas prácticas. En las calamidades públicas, los muros de la ciudad se veían adornados con paños negros. Cuando Agatocles sitió á Cartago, la estatua de Baal enteramente enrojecida por el fuego interior que en ella se encendía, recibió en sus brazos hasta doscientos niños... Cartago representaba su metrópoli, pero con proporciones inmensas. Colocada en el centro del Mediterráneo, dominando las costas de Occidente, oprimiendo á su hermana Útica y á todas las colonias fenicias de África, mezcló la conquista con el comercio, se estableció en todas partes á mano armada, fundando factorías á pesar de los indígenas é imponiéndoles derechos y aduanas... Esta dominación violenta se apoyaba en dos bases ruinosas : una marina que en aquella época del arte podían fácilmente igualar las demás naciones, y ejércitos mercenarios tan exigentes como poco fieles.

La derrota de Cartago por Roma, la conquista de Macedonia, de Grecia y de las provincias de Asia habían introducido en Roma ideas nuevas y revelado una vida nueva á aquellos rudos soldados del Lacio. Michelet deplora esta influencia :

Las primeras relaciones de Roma con Grecia á que dió lugar el odio contra Filipo, fueron mutuamente amistosas y lisonjeras. Recordaron su comunidad de origen y las dos hermanas se reconocieron ó hicieron como que se reconocían. Grecia creyó útil ser pariente de la gran ciudad bárbara que había vencido á Cartago; Roma juzgó de buen gusto el llamarse griega. Grecia perdió en ello su libertad, y Roma su genio original.

Roma perdió, en sus inmensas conquistas, lo que había constituido su fuerza, el desprecio del lujo, el respeto de las tradiciones religiosas y familiares, el amor á la libertad; poderío, honores, todo perteneció en adelante al dictador bastante hábil para cautivar y retener el favor del pueblo y de los soldados : empieza el régimen de los Césares.

El triunfo de César fué un espectáculo maravilloso y terrible á la vez. Empezó por distribuir á los ciudadanos trigo y trescientos sextercios por cabeza y veinte mil sestercios á cada soldado. Después dió de comer á todos, soldados y pueblo, en veintitrés mil mesas de tres lechos cada una... Y cuando la multitud estuvo harta de vino y de viandas, se la embriagó con espectáculos y combates. ¿Reconoceríais al vencedor de las Galias coronado con toda clase de flores, por su ancha frente calva y su mirada de alcón? Acudid todos á cantar de buen grado, á declamar, á combatir, á morir en aquella bacanal del género humano que se arremolina en torno de la cabeza del fundador del Imperio cubierta de afeites. La vida y la muerte son una misma cosa. Aquella misma noche, después del triunfo, ha sido ya estrangulado el Vercingetorix de las Galias; ¡cuántos otros van á morir muy pronto entre

los que allí están. ¿No veis junto á César á la graciosa víbora del Nilo, que arrastra desdeñosamente en pos de sí á su esposo de diez años, á quien debe también hacer perecer? Es su Vercingetórix. Al otro lado del dictador, fijaos en el demacrado rostro de Casio, en el cráneo estrecho de Bruto, tan pálidos ambos con sus blancas togas franjadas de rojo color de sangre.

Michelet no acabó esta *Historia romana*; debía publicar la historia del Imperio romano, segunda parte de la obra; pero le atraía la historia de Francia, y le consagró el resto de su vida. Desde 1830 había empezado Michelet la *Historia de Francia*. Pasó cuarenta años en reunir los elementos para llegar en su relato hasta los primeros años del siglo XIX. Se vió con frecuencia interrumpido por otros trabajos. Estableció un plan de conjunto y refirió los episodios enlazados entre sí por la sucesión de los hechos. Son la característica de cada época. « Es la primera vez que la historia tuvo una base tan seria », escribe Michelet en su prefacio. Sí, fué un amontonamiento de hechos y de documentos. Él fué historiador y más aún artista. Los textos y los hechos « no son sino materiales con los que se trata de construir un edificio »; hay que referir y pintar. Michelet supo hallar de nuevo el alma de las generaciones desaparecidas:

No tardé, dice hablando de sus primeras sesiones en los archivos, en echar de ver en el silencio aparente de aquellas galerías, que había allí un movimiento y un murmullo que no era el de la muerte. Aquellos papeles, aquellos pergaminos abandonados desde hacía largo tiempo, sólo deseaban salir á luz. Aquellos papeles no son papeles, sin vidas de hombres, de provincias, de pueblos... Si se hubiera querido darles oídos á todos, como decía aquel sepulturero en el campo de batalla, no hubiera habido ni un solo muerto.

Michelet escuchó estas voces de ultratumba, que le revelaron el pasado, y no sólo el medio en que vivieron, sino su alma misma: tuvo « la imaginación, no de los ojos, sino del corazón ». Se propuso « hallar la idea que la edad media tuvo de sí, rehacer sus impulsos, sus deseos, su alma, antes de juzgarla ».

Rehaciendo la leyenda de los pueblos sepultados, despertaba en ellos mil cosas desvanecidas. Ciertos cantos de nodriza cuyo secreto poseía yo, producían un efecto seguro. Al oírme creían que yo era uno de los suyos. Yo tuve el don que San Luis pide y no obtiene: « el don de lágrimas ».

Espíritu é imaginación, ciencia y poesía, Michelet ha reunido estas facultades; su historia es verdaderamente una « resurrección ». Empieza la historia de Francia en 395. Es la época de las grandes invasiones y de la caída del imperio romano. Pasando rápidamente sobre los primeros siglos de la edad media, llega al año 843, fecha en que Francia forma un todo distinto. Describe el suelo francés, sus divisiones, sus productos y sus habitantes. Francia es « un vasto y potente orga-

nismo », en que las diversas partes se hallan hábilmente relacionadas, puestas y asociadas, lo débil con lo fuerte, lo negativo con lo positivo ». Y concluye: « Mientras Inglaterra es el imperio, Alemania un país y una raza, Francia es una persona. » He aquí el régimen feudal; la falta de toda autoridad pública convierte á Francia, hacia el siglo X, en inmenso campo de batalla. Las hambres y las enfermedades diezaban á las poblaciones. Las guerras continuas ponían trabas al comercio, á la industria y á la agricultura: los hombres « aspiraron al orden y lo esperaron en la muerte ». Se creyó próximo el fin del mundo.

Este fin del mundo tan triste era al mismo tiempo la esperanza y el encanto de la edad media. Ved esas viejas estatuas en las catedrales de los siglos X y XI, flacas, mudas, haciendo muecas en su torsura contraída que parecen sufrir como la vida y que son feas como la muerte. Ved como imploran, con las manos juntas, este momento deseado y terrible, esa segunda muerte de la resurrección que debe hacerlas salir de sus inefables tristezas y hacerlas pasar de la nada al ser, del sepulcro á Dios. Es la imagen de este pobre mundo después de tantas ruinas.

Pasó el año 1000; poco á poco se fueron disipando los terrores, pero la servidumbre, la opresión y las guerras seguían cada vez con más furor; la Iglesia intentó moderarlas lanzando su excomunión contra los señores crueles, é instituyendo la Tregua de Dios. Hacia la Iglesia se dirigen todos los pensamientos y todas las esperanzas y esta fe cándida, ardiente, hizo brotar en el suelo de Francia, el admirable florecimiento de piedra de las catedrales¹ del mismo modo que impulsó á los cruzados hacia la lejana Palestina:

Se vió á los hombres hastiarse de todo lo que habían amado. Sus ricos castillos, sus esposas, sus hijos, todo lo abandonaban con apresuramiento. No había necesidad de predicación: ellos se predicaban unos á otros, dice un contemporáneo, con la palabra y con el ejemplo.

Bajo la tutela de la Iglesia, iba adquiriendo fuerzas su poder; la dinastía de los capetos, nacida de humildes principios, adquiría en Francia un lugar preponderante. Dió « su ideal, su flor y su fruto » con san Luis:

Aquella alma tierna y piadosa, herida exteriormente en todos sus amores, se iba concentrando en sí misma. La lectura y la contemplación se convirtieron en toda su vida. No podía saciar su corazón de oraciones y de plegarias. Permanecía con frecuencia prosternado tan largo tiempo que al levantarse, dice el historiador, se sentía acometido de vértigos y decía en voz baja á los chambelanes: « ¿Dónde estoy? » Temía que le oyesen sus caballeros. Aquellas piadosas lágrimas, aquellos místicos éxtasis, aquellos misterios del

1. Véase E. Male, *l'Art religieux au treizième siècle*.

amor divino se encuentran en la maravillosa iglesita de San Luis, en la Santa Capilla. En aquellas vidrieras, en aquella frágil y preciosa pintura, hay un mundo de religión y de poesía, todo un Oriente cristiano.

La edad media acabó entre sangre y ruinas. La guerra de los Cien Años puso en guerra á dos pueblos. Y sin embargo aquella época vió nacer una cosa grande, el sentimiento patriótico. Michelet ha referido como creó el odio del extranjero aquel sentimiento; ha narrado los gloriosos episodios de abnegación y de bravura durante la lucha con el invasor; sobre todo ha hecho revivir, en páginas poéticas como las de una leyenda, la historia de Juana de Arco. Detúvose después de Luis XI, atraído hacia otra época por las preocupaciones políticas del momento.

La Historia de la Revolución (1845-1853, 7 vol.), dice Michelet, «no ha tenido la buena suerte de las improvisaciones nacidas en tiempo bonancible. Ha sido escrita en medio de los acontecimientos». Fué compuesta cuando se preparaba la revolución de 1848. Las ilusiones de los revolucionarios de 1848 y las esperanzas malogradas después del golpe de Estado de 1851, hallaron eco en la obra de Michelet. Su libro empieza por un acto de fe en la Revolución de 1879: «Defino la Revolución como el advenimiento de la Ley, la resurrección del Derecho y la reacción de la Justicia.» Siempre se echa de ver el don de hacer revivir el alma del pasado:

Queda el polvo del tiempo. Es bueno respirarlo, ir y venir á través de esos papeles, esos expedientes y esos registros. No son mudos, y todo ello no está tan muerto como parece. Jamás tocaba á ello sin que saliese ó se despertase algo... Este algo es el alma.

El pueblo fué el instigador y el actor principal de las jornadas del 14 de julio de 1790 y del 9 y 10 de agosto de 1792:

Á medida que penetraba profundamente en el estudio de la Revolución, eché de ver que los jefes del partido, los héroes de la historia convencional no previeron ni prepararon nada, ni tuvieron la iniciativa de ninguno de los grandes hechos, en particular de los que fueron la obra unánime del pueblo al principio de la Revolución. Abandonado á sí mismo en esos momentos decisivos por sus supuestos directores, halló lo que había que hacer y lo realizó.

Es el pueblo quien le inspiró sus más hermosas páginas. Quería, según nos dice en el prefacio de su *Historia de Francia*, establecer en él «el alma y la fe del pueblo» para comprender mejor los siglos monárquicos. Experimentó profundamente el impulso espontáneo de entusiasmo, de simpatía y de esperanza que fué el alma de la Revolución en sus principios.

Entre tanto, *la Historia de Francia* había quedado sin concluir y

volvió á ella en 1855. Sucesivamente escribió *el Renacimiento, la Reforma, las Guerras de religión, la Liga y Enrique IV, Enrique IV y Richelieu, Richelieu y la Fronda, Luis XIV y la Revocación del Edicto de Nantes, Luis XIV y el Duque de Borgoña, la Regencia, Luis XV, Luis XVI* y terminó su obra en 1867. Su enseñanza, convertida en un apostolado y un panegírico del gobierno republicano, había causado su expulsión del Colegio de Francia. Su historia se resiente de las luchas en que tomó parte. Más aún que la historia de la edad media, es una resurrección, pero una resurrección apasionada; los textos y los documentos son menos abundantes. La imaginación suple su insuficiencia. «El cuadro estrecho de la narración queda roto y la historia se convierte en poema.» (Taine.) Salvo los libros sobre el Renacimiento y la Reforma, esta parte de la obra es una magistral lección de elocuencia y una vasta epopeya.

Durante la Revolución, las mujeres habían desempeñado un gran papel; las unas por su valor, las otras por su inteligencia ó su belleza, Michelet, en su *Historia de la Revolución*, no había podido consagrarles sino un espacio restringido. En 1854 completó los retratos que sólo había bosquejado é hizo una serie de biografías, las *Mujeres de la Revolución*, para que «nuestras madres y nuestras esposas lean la historia de nuestras madres de la Revolución» en que «hallarán su línea de conducta enteramente trazada, cuando la lucha entre la antigua fe y la fe revolucionaria llegue á herir su más íntima fibra moral». La mujer empieza en el siglo XVIII á ejercer una influencia desde el punto de vista de la humanidad y de la maternidad.

Lo que hace cambiar toda la situación desde mediados del siglo, es que en estos primeros albores de la aurora de una nueva fe, se encuentran en el seno de las mujeres y de las madres dos chispas: humanidad y maternidad. Desde entonces, la chispa se ha convertido en hoguera.

Reúne numerosos ejemplos. En la clase popular, vemos á la Sra. Legras que se sacrifica por arrancar á Latude de los calabozos de la Bastilla; vemos á las mujeres de París yendo á Versalles para hacer volver á París á Luis XVI á tomar medidas contra el hambre; mujeres de la aristocracia y de la burguesía se distinguen también por su valor, por su inteligencia y por su carácter. En la galería de estos retratos de heroínas revolucionarias, pone á la Sra. Rollin, á Carlota Corday, á la Sra. de Staël, á Théroigne de Méricourt, etc.; el historiador no aduce nuevos detalles, pero su pluma anima estas figuras heroicas ó graciosas que se vieron mezcladas con las novelas y los dramas de la Revolución.

El sabio italiano Vico del que fué discípulo intelectual Michelet, había escrito «que el derecho romano, en su primera época, fué un poema